LA BENINA MISERICORDIOSA: CONCILIACION ENTRE LA FILOSOFIA Y LA FE

POR

DONALD W. BLEZNICK Y MARIO E. RUIZ

En diciembre de 1876, Galdós, joven de treinta y tres años, terminó en corto tiempo una de las mejores novelas de su primera época, *Gloria*. En el capítulo XI del segundo volumen, don Buenaventura, tío de Gloria y el miembro más liberal de la familia Lantigua, revela son hondas convicciones a Daniel Morton, judío joven pretendiente de Gloria:

> ¿Será posible que en el fondo no pensemos lo mismo, señor Morton?... Yo creo que la fe religiosa, tal como la han entendido nuestros padres, pierde terreno de día en día... Yo creo que los hombres buenos y caritativos pueden salvarse, y se salvarán fácilmente, cualquiera que sea su religión... Creo que los cultos subsistirán mejor si volviera a la sencillez primitiva... Creo que la concilación entre la filosofía y la fe es posible, y si no es posible vendrá el caos... Creo que ninguna nación ni pueblo alguno pueden subsistir sin una ley moral que les dé vida... Esto que declaro... es de esas cosas que pocas veces se dicen, y yo las callo siempre, porque la sociedad actual se sostiene, no por el fervor, sino por el respeto a las creencias generales... Creo, finalmente, y para decirlo todo de una vez, que el fondo moral es con corta diferencia uno mismo en las religiones civilizadas... (1).

Tal credo moral de don Buenaventura, semejante en estructura pero contrapuesto en contenido al credo católico, refleja el humanismo galdosiano. Don Benito encierra en estos principios morales la esencia de la filosofía *krausista* tal como la expresaban en esa época el partido progresista, al que Galdós favorecía, y varios de sus amigos íntimos, v. g.: Giner de los Ríos, *Clarín* y Palacio Valdés (2). Por lo tanto, no sería arbitrariedad nuestra el asegurar que Galdós mismo nos habla por boca de don Buenaventura.

La tolerancia y el amor universal manifestados en el credo galdosiano no están activamente personificados en *Gloria,* ya que si lo es-

(1) BENITO PÉREZ GALDÓS: *Obras completas.* Edición y notas de Federico Carlos Sainz de Robles (Madrid, Aguilar, 1960), IV, p. 617.

(2) WALTER T. PATTISON documenta bien estos puntos en *Benito Pérez Galdós and the Creative Process* (Minneapolis, University of Minnesota Press, 1954), páginas 36-53.

tuvieran, no resultaría la muerte trágica de Daniel. Tal vez Galdós aún estaba demasiado inexperto en la técnica novelística para poder llevar a cabo con verosimilitud la fusión total entre «la filosofía y la fe» (3). Tal vez, por otra parte, el espíritu del joven Galdós no había llegado todavía a una síntesis propia de las diversas fuerzas morales y religiosas como para expresarlas, unificadas, en un personaje concreto de *Gloria*. Sea como fuera, el credo existía en 1876 como deseo latente y en espera de formalizarse.

Transcurrieron veintiún años y muchos esfuerzos novelísticos antes de que Galdós nos entregara, en 1897, la máxima síntesis de su deseo hecho realidad: la «conciliación entre la filosofía y la fe» en Benina de *Misericordia*. A diferencia de don Buenaventura, que actúa «por el respeto a las creencias generales», Benina, no conformándose con la conducta moral de su sociedad, busca la moralidad auténtica del cristianismo primordial. La filosofía y la fe se encarnan en las dos fuerzas conflictivas pero complementarias de Benina: su espíritu prometeico y su espíritu jobiano.

En el humanismo de Benina reside la relación entre ciertos elementos de la filosofía griega —definida en la caracterización dada a Prometeo por Esquilo— y de la fe del Antiguo Testamento —encerrada en la actitud de Job—. La índole positiva de Benina en *Misericordia* ha sido lograda a través de la compenetración y contraposición de ciertos elementos comunes a Prometeo y a Job, y adaptados al ambiente particular de la novela. Con Prometeo, Benina comparte el título de bienhechora y protectora de la humanidad, atributo basado en la constancia de su actividad mental y física, y en el amor por la vida como fenómeno individual y del momento. María Rosa Lida de Malkiel señala con claridad esta tendencia griega de «concentración en esta vida, la atención al individuo, el desarrollo de la personalidad y el ansia de perpetuarla en la memoria de los hombres venideros (4).

---

(3) En su esfuerzo de autor de novelas *realistas*, Galdós no muestra en esta época la técnica necesaria para establecer un ambiente flexible en el cual puede actualizar, sin destruir la verosimilitud lograda en un principio, las ideas opuestas a la acción principal de la novela. Que la técnica de Galdós al escribir *Gloria* estaba en época aún temprana lo aseguran, entre otros, Pattison —«No creo, a pesar de los muchos críticos que alaban *Gloria*, que Galdós tuviera completo dominio de su arte en esa entonces» (*Galdós and the Creative Process*, p. 20)— y, más pertinente a nuestra opinión, E. J. Rodgers —«Galdós, aunque maneja el tema [de *Gloria*] con maestría y perspicacia la mayor parte del tiempo, aún no tiene experiencia como novelista, y a veces su interés en el propósito didáctico de su obra se impone sobre la verosimilitud de los personajes y del ambiente» («Religious Conflict and Didacticism in *Gloria*», *Anales Galdosianos*, I [1966], p. 39). Galdós mismo admite, indirectamente, esta debilidad estructural de *Gloria* (H. Chonon Berkowitz: *Pérez Galdós: Spanish Liberal Crusader* [Madison, The University of Wisconsin Press, 1948], p. 141).

(4) María Rosa Lida de Malkiel: *La idea de la fama en la Edad Media castellana* (México, Fondo de Cultura Económica, 1952), p. 13.

Con Job, Benina comparte el estoicismo tan arraigado en la actitud española ante la vida. Además, tanto Benina como Prometeo y Job exhiben un mismo tipo de optimismo vital basado en la conciencia de la rectitud de sus acciones, y en la intuición de la justificación final de sus esfuerzos. Hay que hacer ver, sin embargo, que la preocupación por dar significado inmediato a la vida adquiere en Benina la misma importancia trascendental que complacer a Yahvé representa para Job, y que, por tanto, la Humanidad es para aquélla lo que Dios es para éste. El humanismo adoptado por Benina revela la constante preocupación helenística por la vida terrenal activa.

Sherman H. Eoff describe el esfuerzo galdosiano de fundir la filosofía y la fe en forma semejante a la nuestra: «El primer paso, la base del desarrollo [filosófico de Galdós], es la afirmación rebelde del derecho de pensar por uno mismo y de relacionar la ciencia, la filosofía y la religión» (5). Según nuestro entender, «la ciencia» representa el conocimiento o conciencia; «la filosofía», el sistema de principios orientadores de la vida práctica; y «la religión», la fe. En esta actitud unificadora Benina entrelaza la actitud prometeica con el fervor jobiano, conciliación liberada en la intemporalidad del que juzga la vida como continuo fluir orgánico-espiritual. A continuación estableceremos el espíritu de Benina en sus dos aspectos esenciales de la filosofía y la fe, no sólo para ofrecer una alternativa analítica de *Misericordia,* sino para también dar un aspecto más de la unidad ideológica en la obra galdosiana —en este caso desde 1876, con la promulgación de su credo en *Gloria,* hasta 1897, con la personificación concreta del mismo en *Misericordia* (6).

El espíritu prometeico de Benina

La preocupación de un guía protector por la vida como fuerza evolutiva constante encuentra su apoyo inicial en la actuación individual. En el caso de Prometeo, su confrontación con Zeus se origina y refleja en las limitaciones físicas de la humanidad sentenciada a

(5) Sherman H. Eoff: *The Novels of Pérez Galdós* (Saint Louis, Washington University Studies, 1954), p. 132.

(6) En los años 1886-1887, término medio entre *Gloria* y *Misericordia,* Galdós escribió una de sus mejores obras, *Fortunata y Jacinta.* En ella aparece un personaje, Guillermina Pacheco, que por su caracterización puede clasificarse como término medio entre el credo de don Buenaventura y el de Benina. Guillermina es un personaje de caridad intensa, y como Benina, se vuelca en actividad constante para aliviar la miseria humana. Sin embargo, Guillermina, aunque sabe independizarse de su clase social en forma más positiva que don Buenaventura en *Gloria,* es incapaz de trascender las exigencias y limitaciones ambientales, como Benina lo consigue. Guillermina es, por tanto, el anticipo del humanismo galdosiano personificado en Benina.

muerte por Zeus, y en el poder inflexible y despiadado del dios supremo. En el asalto contra estas fuerzas inexorables, Prometeo no sólo ensancha los límites humanos y altera el curso de la acción divina, sino que se redime en el fluir mismo de la acción:

> No, no es orgullo ni obstinación por lo que me callo. El dolor me devora el corazón al verme así maltratado. Quién sino yo di prerrogativas a estos dioses principiantes [Zeus y los Titanes]... Pero esto no importa, ya que todos lo saben. Escuchen más bien la triste historia de los hombres que vivían como niños hasta que yo les di entendimiento y razón; y no es que trate de avergonzar al hombre, sino de mostrar lo valioso de mi acto, ya que los hombres, mirando, no veían, y escuchando, no oían (7).

En forma semejante, la aserción individual de Benina se origina y formaliza ante las privaciones materiales de sus semejantes, de las que ella comparte, así como ante el predominio de convenciones sociales y religiosas bajo las que el ciudadano tiene que rendirse (8). Al acometer estas fuerzas de innegable peso tradicional, Benina, como Prometeo, no sólo sirve a la humanidad desafiando el orden arbitrario de su ambiente, sino que, luchando por una causa fuera de los límites convencionales, justifica la inagotable ansia de saberse activa. Así lo revela cuando, al regreso de su primera excursión mendicante en la iglesia de San Sebastián, habla con doña Paca:

> —¡Estaría bueno que nos afligiéramos porque los tenderos no cobran estas miserias, sabiendo como sabemos que están ricos!
>
> —Es que tú no tienes vergüenza, Nina [dice doña Paca]; quiero decir, decoro; quiero decir, dignidad.
>
> —Yo no sé si tengo eso; pero tengo boca y estómago natural, y sé también que Dios me ha puesto en el mundo para que viva, y no para que me deje morir de hambre... ¡Bendito sea el Señor, que nos da el bien más grande de nuestros cuerpos: el hambre santísima! (9).

«El hambre santísima» encierra el instinto literal de sobrevivir biológicamente como también el institnto simbólico de saciar el ansia espiritual de actuar. Mantener el cuerpo fuerte y el espíritu enérgico sólo se puede conseguir a través de la lucha contra los límites materiales y sociales simbolizados en «la vergüenza», que doña Paca

(7) AESCHYLUS: *Prometheus Bound,* translated by Herbert Weir Smyth (London, William Heinemann Ltd., 1956), p. 255, 1. 436-43. Para facilitar el cotejo en cualquier edición de esta obra, las referencias se darán en adelante por número de verso en el texto.

(8) Este predominio, especie de aparente naturalismo, no debe de ser definido como tal, ya que la «educación» adquirida por Benina a través de su actividad constante provee alternativas de escape que ella sabe utilizar por iniciativa propia.

(9) BENITO PÉREZ GALDÓS: *Obras completas.* Edición y notas de Federico Carlos Sainz de Robles (Madrid, Aguilar, 1961), V, pp. 92-93. En adelante las referencias a las citas de *Misericordia* se darán por página en el texto.

no puede evadir y que Benina, con su «boca y estómago *natural*», trasciende en esfuerzo prometeico. Así, pues, la aserción individual satisface primordialmente la necesidad de buscar en la acción la identidad personal.

Por otra parte, el sometimiento de doña Paca a la artificiosa «dignidad» social ejemplifica la situación que Prometeo describe al decir que la Humanidad ni veía ni oía antes de entregarle él el fuego del conocimiento. Ambos ambientes —el que Benina lucha por mejorar y el que Prometeo juzgó antes de redimir— están constituidos por humanos que, insensatos a sus necesidades, sincronizan la sordidez de espíritu con la miseria material en que viven. Esta clase de gente, que viviendo en rutina trivial se endurece al significado genuino de la existencia humana, necesita de un guía y protector que se sacrifique por ellos; Benina asume con celo misionero este papel de «cura laico». Por medio de su actividad física Benina reconoce, organiza y da forma a las fuerzas ambientales que, si no fuese por ella, nadie utilizaría; por medio de su actividad mental Benina siente, expresa y se hunde en el amor por la vida misma que, si no fuese por ella, nadie sentiría.

Por el anhelo de definirse personalmente mejorando la suerte de los que la rodean es por lo que Benina dice a Almudena, al salir ambos de San Sebastián, después de que don Carlos le ha dicho a Benina que le visite al día siguiente: «ea, que hay compromisos tan grandes, tan grandes, que parece imposible que se pueda salir de ellos..., necesito un duro» (p. 1887). Los compromisos contraídos por Benina instintivamente no tienen la rigidez legal de contrato mutuo entre dos partes, ya que sólo ella reconoce y cumple tales obligaciones: los recibientes de sus favores sólo tienen que seguir siendo como son, entes que, por su inconsciencia, justifican el papel activo de Benina como sostén económico y espiritual de su pueblo. Así considerado, «el duro» es la representación metonímica de la necesidad de actuar, como también el símbolo de la ayuda que se cree obligada a proporcionar a los necesitados. Benina medita sobre esta indiferencia humana cuando, sentada a la intemperie, ve pasar la interminable procesión de gente que, con los medios económicos suficientes para contribuir a la mejora de la sociedad, se distraen y pierden en la superficialidad de sus preocupaciones mundanas; para Benina tal indolencia espiritual se manifiesta en «las cosas de este desarreglado mundo» (pp. 1887-1888). Que el desarreglo del mundo no tiene compostura lo intuye Benina cuando, pidiéndole a Almudena un duro, «algo dijo el ciego en su extraña lengua que Benina tradujo por la palabra 'imposible'» (página 1887).

Al considerar el duro como símbolo de la lucha constante por la vida, el facilitarle a Benina tal cantidad sería destruirle su justificación de actuar y destituirle de su papel de guía y protectora de la Humanidad, relegándola al nivel de los jubilados, cansados y fracasados. Al darle Juliana a Benina, sin que ésta lo haya pedido, todo un duro, Juliana está anulando metafóricamente el papel de líder de Benina (p. 1983). El duro comunica a Benina su destitución como guía de la familia Juárez —papel que Juliana usurpa— y el fin aparente de su espíritu prometeico. Y en efecto, el espíritu prometeico desde este instante no permanece el mismo, ya que en el contacto con el espíritu jobiano se transforma, como veremos, en una fuerza superior al materialismo simbolizado en «el duro».

Los compromisos asumidos espontáneamente por Benina la definen como liberadora «intelectual». Como con Prometeo, que favoreció al hombre por la necesidad parcial de reafirmar su superioridad racional sobre los otros Titanes (1. 82), así la misericordia prometeica de Benina refleja la necesidad de actualizar la experiencia (conocimiento humano) adquirida en su larga e imaginativa vida (p. 1890). Por otra parte, ¿cómo puede Benina intuir la generalización de que la perseverancia vital es el remedio a la miseria? Benina nos muestra, por ejemplo, que es capaz de observar y concluir causas y resultados, proceso de innegable índole racional (p. 1892). ¿De dónde nace la conciencia que Benina posee de sus poderes vitales? El filtro educativo del sufrimiento proporciona una solución parcial pero significativa para comprender las acciones de Benina. Desde luego, el sufrimiento por sí solo no es siempre la fuente inmediata del conocimiento individual y ajeno, ya que si lo fuera, todos los sufrientes, inclusive doña Paca y su familia, podrían escapar de su rutina. Es imprescindible tener en cuenta que Benina es un ser humano excepcional impulsado por una fuerza interior que la hace superar a los demás. Pertenece entonces a ese grupo restringido y privilegiado al que Ortega atribuye «vida noble», y Américo Castro, «personalidad individual» (10). Como Pro-

(10) Ortega define la «vida noble» en la forma siguiente: «Para mí, nobleza es sinónimo de vida esforzada, puesta siempre a superarse a sí misma, a trascender de lo que ya es hacia lo que se propone como deber y exigencia. De esta manera, la vida noble queda contrapuesta a la vida vulgar o inerte, que, estáticamente, se recluye a sí misma, condenada a perpetua inmanencia como una fuerza exterior no la obligue a salir de sí» [*Obras completas.* Quinta edición (Madrid, *Revista de Occidente,* 1962), IV, p. 183]. Américo Castro define la «personalidad individual» así: «El español [u otro humano] se desindividualiza y disciplina al ingresar en la comunidad creada por la fe en Dios o en el poder de otra persona; o se individualiza al llevar a cabo acciones y creaciones valiosas que le prestan una personalidad individual tan rica en calidades como la de cualquier otro europeo» [*La realidad histórica de España.* Edición renovada, 3.ª edición (México, Editorial Porrúa, 1966), p. 253].

meteo, Benina no sólo acepta, sino que busca las situaciones apropiadas —incluyan o no sufrimiento como consecuencia— para desarrollar la motivación interna que todo exponente de la «vida noble» posee. Sólo en la actividad positiva y constante se justifica el pertenecer a tal «minoría selecta».

Sin embargo, en el caso de Benina, así como en el de Prometeo, el sufrimiento sirve de experiencia tangible, con la cual la intensidad de la vida noble se puede medir. Prometeo, por ejemplo, adquiere y acepta conciencia personal a través del sufrimiento derivado de su error al desobedecer a Zeus (1. 265-70); la decisión de salvar a la Humanidad le impone a Prometeo la subsecuente responsabilidad de aceptar las consecuencias. Lo mismo le sucede a Benina, quien, consciente y voluntariamente, escoge los límites ambientales dentro de los cuales quiere obrar creando y resolviendo obligaciones. Por eso, después de un año de servicio en «casa rica» y no pudiendo olvidar a los Juárez, decide regresar a la miseria del ambiente de doña Paca (p. 1894). Lo que Benina encuentra en casa de los Juárez es la oportunidad de presenciar y participar en el sufrimiento, derivado de la pobreza física, que no se presenta en «casa rica». Una vez en este ambiente, Benina no pierde tiempo en crear las obligaciones correspondientes y en declararse cabecilla de su sociedad. La ansiedad generada por el esfuerzo activo le facilita el conocimiento de sus capacidades y limitaciones: «Me conformo [con esta vida] porque no está en mí el darme otra. Venga todo antes que la muerte, y padezcamos con tal que no falte un pedazo de pan y pueda uno comérselo con dos salzas muy buenas: el hambre y la esperanza...» (p. 1892). Ante estas circunstancias inevitables, Benina extrae el conocimiento concreto de *saberse* humana. Por otra parte, sólo mitigando la miseria ajena puede Benina satisfacer, justificar y controlar la curiosidad de conocer la existencia como resultado parcial del esfuerzo organizador del hombre. Como tal, el proceso cognitivo empleado hace del sufrimiento, como elemento del espíritu prometeico, una fuerza racionalizada y una experiencia conceptualizada.

Este aspecto generalizador del sufrimiento no personaliza el dolor: el sufrimiento prometeico, en su tendencia analítica de las circunstancias, ni origina ni se origina del temor a Dios o del sometimiento a una ortodoxia religiosa, ya que las situaciones se objetivizan en el mismo análisis que las define. Vemos cómo Prometeo, estando solo, rehúsa someterse a Zeus (1. 1001), y cómo Benina, siendo humana, se resiste al hecho de la muerte que en la ortodoxia cristiana es la transición necesaria a la visión eterna de Dios. Por tanto, en la lucha por la vida el espíritu prometeico afirma el uso indispensable del sen-

tido común como vehículo de crítica social y religiosa, así como medio de organizar los sentimientos y deseos latentes. El que se vale de su inteligencia prevalecerá, nos dice Prometeo al describir cómo la astucia y no la fuerza bruta facilita lo que uno se propone (1. 215). Benina, poniendo en práctica tal consejo, se mantiene varias jugadas adelante de la vida al pasar buena parte de sus noches preparando la estrategia para el día siguiente (pp. 1904 y 1931).

En el sentido prometeico de la vida —cuyo vitalismo reside en gustar del esfuerzo conociendo su estructura y su función— se encuentra el estímulo que mueve a Benina a constituirse en el sostén lógico de su caótico mundo. Benina trata de ordenar su ambiente, y sólo Juliana intenta desplazarla de su puesto de líder de inconscientes. Benina misma describe este desafío al relatar a Almudena cómo Juliana, al llevar a doña Paca a su nueva casa, parecía «el pastor que guía y conduce... el triste ganado» (p. 1988). Juliana es, sin embargo, el cabecilla despótico que se esfuerza por destruir la influencia de su rival, Benina, desterrándola de su antiguo reino e ignorando su activa caridad (p. 1987) —tal como el tirano Zeus expulsó a Prometeo. Mas Juliana fracasa y Benina llega a la cumbre de su papel de descubridora y reveladora de la verdad humana, a la manera del sofista Sócrates, del maestro Jesús, del hermano Quijote o del mártir bueno San Manuel.

El espíritu joviano de Benina

Benina, como Prometeo, adquiere el estímulo para actuar en el deseo de mitigar el sufrimiento desesperanzado del pueblo. Empero, al contrario de Prometeo, que, sobrellevando la humillación de su castigo, sólo sufre por la gente —limitándose a una actividad de causa puramente intelectual—, Benina se sitúa en el centro mismo del caos humano, compartiendo el sufrimiento *con* la gente. Su convivencia con la miseria humana permite a Benina ejercer el fervor jobiano.

Galdós establece el ambiente jobiano perfecto al declarar que la familia Juárez se había sumergido en «los negros abismos sociales» de la miseria y de la duda (p. 1894). Esta semejanza ambiental se ensancha al considerar que «apenas puede uno imaginarse un abismo del espíritu y de los sentidos más oscuros que el abismo en que el cuerpo y el alma de Job fueron sumergidos» (11). Benina comparte con la familia Juárez la caída de la comodidad económica y prestigio so-

(11) Pascal P. Parente: «The Meaning of Job», *The Voice from the Whirlwind*, Edited by Ralph E. Hone (New York, Chandler Publishing Co., 1960), página 116.

cial a los «abismos» de la pobreza e inseguridad. La angustia sentida en esta miseria hace resaltar tanto las necesidades orgánicas como las exigencias morales y estéticas, e incita al hombre a buscar alivio en explicaciones metafísicas de justicia o en expresiones intuitivas de fe.

Ante un «desarreglado mundo», Job y Benina reafirman su fe religiosa: Job en la obediencia ortodoxa, y Benina, debido a la influencia de su espíritu prometeico, en apego a la Humanidad. Tratando de identificarse con un poder superior, ambos llevan vidas ejemplares, pero cada uno lo intenta en forma distinta. Job, debido a su pasividad espiritual, cree en una divinidad ya formalizada y concreta con la que se encara directamente, y a la cual se somete. Benina, debido a su actividad prometeica, intuye la esencia divina contenida en sus acciones y en la misma Humanidad que se beneficia de ellas. Vista así, esta Humanidad no es más que la manera krausista de interpretar el concepto ortodoxo de «Dios»; en la filosofía del panenteísmo parcialmente delineada por Galdós, la esencia divina, al extenderse por todos los ámbitos de la creación, penetra y santifica la agrupación social y espiritual del hombre. Por eso, en su actuación gregaria, Benina intuye la presencia de una fuerza suprema que ella considera como «Dios» y que identifica con la Humanidad. Este proceso dinámico se en cuentra, con ciertas diferencias, en *Torquemada en la hoguera.* En esta obra el protagonista principal siente, como Benina, el deber de actuar. Sin embargo, Torquemada, conscientemente, espera la recompensa material como fruto de su actividad —la curación del hijo moribundo—. Por otra parte, Benina supera el materialismo de su actividad dedicándose a salvar a la Humanidad doliente sin anticipar recompensa concreta e inmediata. En esta forma, el comportamiento egoísta de Torquemada, basado en un deseo consciente de congraciarse con Dios, difiere mucho del de Benina, que actúa de una manera auténticamente cristiana.

Tanto Benina como Job sienten el mismo impulso de buscar y adaptarse a una fuerza superior, cualquiera que sea la forma en que se presente. Job, a pesar de que duda de la justicia divina y del valor positivo de la existencia humana, se suma a la ortodoxia colectiva ante la voluntad de Yahvé (12). Benina, por otra parte, a pesar de la aparente ortodoxia que despliega ante doña Paca al aconsejarle paciencia y confianza en Dios (p. 1892), opta por resolver sus dudas en la actividad personal. En su resignación, Benina muestra más apego al bienestar y tranquilidad del ser humano que por la aprobación y

(12) «El libro de Job», *La Sagrada Biblia* (Barcelona, Editorial Herder, 1965), página 676, cap. 39, v. 34. Para facilitar el cotejo en cualquier edición de *La Biblia,* en adelante las referencias se darán por capítulo y versículo en el texto.

bendición divinas. Por eso, cuando se decide a decir la verdad a doña Paca revelándole el secreto de su mendicidad (p. 1962), Benina no basa tal decisión ética en la rectitud requerida por la fe ortodoxa, sino que, como más adelante aclararemos, en consideraciones relativas a su situación del momento. Además, sus menciones de Dios a través de la obra tienen el tono y la aparaiencia de invocaciones ocasionadas por hábito social que utiliza como el camino más rápido y eficaz de ser escuchada. Por otra parte, el apasionamiento con que describe su preocupación por doña Paca, objeto de su cariño, revela a la Humanidad, y no a Dios, como la fuerza motriz de su existencia (p. 1962).

Sin embargo, la misma Humanidad, que le ofrece la justificación de actuar, le impone a Benina los límites que probarán la fuerza y validez de su ansia de hacer el bien —situación semejante a la de Job en que Yahvé es a la vez la causa de la fe y de las vicisitudes que la prueban. Las humillaciones que doña Paca y Juliana hacen sufrir a Benina a través de toda la novela— y el maltrato que los mismos mendigos le dan (cap. XXIX)— la sorprenden y anonadan temporalmente: «Dios ve los corazones de todos; el mío también lo ve... Véalo, Señor de los cielos y la tierra, véalo pronto» (p. 1983). Este grito, no dirigido a Dios, sino a la misma Humanidad que la maltrata, es el punto clave donde la duda establece el equilibrio entre la emotividad herida y el raciocinio indignado. Más tarde Benina, al aceptar su suerte y desearle bien a Juliana (p. 1986), justifica en parte no la causa, sino el efecto del sufrimiento, ya que Benina sólo es capaz de disculpar lo que puede entender y controlar.

El momento culminante en que Benina, con su fe puesta a prueba, debe renegar de la actividad misericordiosa ejercida hasta entonces o de sobreponerse espiritualmente y trascender los límites de la paradoja humana se presenta en los capítulos XXXVIII y XXXIX. Después de haber salido de la cárcel, en la que su ansia de ver a doña Paca ha sobrepasado todas las humillaciones y penalidades, Benina y Almudena corren a la casa de los Juárez ansiosos de hallar refugio y consuelo. Lo contrario es lo que encuentran: una doña Paca dominada por Juliana que le niega entrada mientras no se separe del ciego enfermo, mendigo y hebreo; un ambiente de relativo desahogo económico, pero de más estrechez espiritual que antes; y un fin ingrato a sus esfuerzos misericordiosos. Si Benina acepta quedarse con doña Paca debe hacerlo sin Almudena, sin ser guía de la familia, y renegando de la validez de sus pasadas acciones y convicciones humanitarias. Si anteriormente no aceptó a vivir en «casa rica» en mejores condiciones, Benina no podía ahora escoger esta alternativa y prefiere aceptar, con humildad jobiana, la prueba que a su fe se le

impone. Su indignación manifiesta, sin embargo, la magnitud de la contradicción humana: «A casa... traía [a Almudena], sí, señora, como traje a Frasquito Ponte, por caridad... Si hubo misericordia con el otro, ¿por qué no ha de haberla con éste? ¿O es que la caridad es una para el caballero de levita y otra para el pobre desnudo? Yo no lo entiendo así, yo no distingo.. » (p. 1982).

La caridad de Benina se ha concentrado hasta estos dos capítulos de la novela en el alivio material que el dinero provee —ya que conseguirlo es, después de todo, el objeto inmediato de su mendicidad—. No falta, sin embargo, el toque de comprensión y tolerancia jobianas innatas en esta clase de guías espirituales. Benina sabe aceptar y adaptarse a los requisitos esenciales del ambiente en que los Juárez viven. Por una parte, reconoce la necesidad de aplacar el hambre físico manteniendo alejada la enfermedad y consunción orgánicas; con ese fin lucha constantemente por conseguir el dinero necesario para alimentar a sus protegidos. Por otra parte, no sólo reconoce, sino que también disculpa la tendencia psicológica de adormecer el espíritu con recuerdos justificadores de glorias pasadas. Benina no puede mostrar mejor el conocimiento de este ambiente contradictorio que en la manera de reaccionar a la postura de don Frasquito al explicar éste el gasto de la peseta que, difícilmente adquirida, Benina le había hecho aceptar para pagar su habitación. Don Frasquito, acusado de haber gastado el dinero en cosméticos, confiesa, vacilante, que lo usó para comprar una fotografía de la emperatriz Eugenia, a fin de mostrar así su semejanza con Obdulia para alegrarla. Esta es una de las primeras ocasiones en que la abnegación de Benina afecta visiblemente a aquellos con quienes se relaciona. Benina, después de una ligera exclamación más bien de asombro que de recriminación, olvida el asunto y diligentemente organiza el traslado de Ponte a casa de doña Paca (página 1934). Benina ha intuido la relatividad de los valores humanos en este marco social, y acepta, como apropiada retribución a sus esfuerzos caritativos, la satisfacción «espiritual» del pobre viejo que trata de resucitar una postura social ya embalsamada en vez de alimentar su débil organismo. Benina muestra la misma paciencia jobiana ante la necesidad de evitar la erosión y el derrumbe de la identidad humana al conllevar las aún fuertes pretensiones sociales de doña Paca, y al inflarlas inventando a don Romualdo como fuente económica de más prestigio que la mendicidad. Al apuntalar ciertos aspectos del orgullo humano, Benina exhibe su superioridad estoica sobre el ambiente participando de sus privaciones y motivaciones sociales, y disponiendo de sus causas y efectos.

A pesar de que la misma Benina, al ser rechazada por doña Paca,

se convierte en víctima de la artificiosidad social que ha aceptado y mantenido, logra aguantar tal sufrimiento debido a su innato conocimiento de la naturaleza humana. Y porque ha sabido juzgar tanto las debilidades como las virtudes del prójimo es por lo que Benina está convencida de la sinceridad y rectitud de su actuación. Como Job, que, siempre fiel a sus convicciones en el cumplimiento de sus deberes (1, 1-8), no comprende el porqué del castigo que él considera injusto (3), así también Benina, fiel a sus convicciones jobianas en el uso positivo y necesario de su actividad prometeica, no comprende el porqué de su sufrimiento injusto. Al ser echada de la casa de doña Paca con un duro en la mano y el corazón vacío, situación inversa a la experimentada hasta entonces, Benina se desahoga con golpes de pecho y gemidos angustiosos (p. 1983). Como Job, que en su sufrimiento acata la voluntad incomprensible de Dios (39, 34), Benina se sobrepone y acepta la realidad humana (pp. 1983-1986). Es éste un momento triunfal, y aunque no recobra riquezas materiales como Job (42, 10), su espíritu prometeico se enriquece con el estoicismo jobiano. Benina no sólo perdona y sigue identificándose con la humanidad que la ha humillado, sino que, estimulada por el mismo sufrimiento, continúa socorriéndola no ya con dinero, sino con algo de mayor eficacia espiritual: la compasión y el amor.

La conciliación entre la filosofía y la fe

Esta conciliación se lleva a cabo cuando Benina apacigua la impaciencia de su inagotable poder de hacer el bien con la calma y la humildad del conocimiento propio. La oportunidad de templar el espíritu prometeico dinámico con el espíritu jobiano estoico se presenta por vez primera, en forma tangible, en el capítulo XXXI, cuando Benina es encarcelada por mendigar públicamente. Anteriormente, la caracterización de Benina como protectora y guía de su gente es lograda por la acumulación rápida de situaciones en las que la actividad física prevalece. Su espíritu prometeico la induce afanosamente a que socorra a la pasiva humanidad. Su caridad, sin embargo, tiene un dejo marcado de suficiencia característica del líder que, por la misma buena intención y eficacia de sus acciones, se siente superior a cualquier situación o persona —como con Prometeo, que, creyéndose invencible, decide contrariar a Zeus.

Benina exhibe tal confianza en su criterio humano al juzgar, por ejemplo, la actitud risible y dura de don Carlos cuando éste le da lápiz y libro para la contabilidad de la miseria (pp. 1906-1907). Benina

muestra cierto orgullo en la destreza con que controla la vida de doña Paca engañándola con situaciones imaginarias —como la invención de don Romualdo— y dominándola con una presencia fuerte de carácter (páginas 1944-1947). Benina, guiándose por el pragmatismo inherente en la actividad prometeica, juzga su manera de actuar con la elación del que, a pesar de grandes sacrificios y angustias, siempre ha logrado lo que se propone. Benina está siempre preocupada por actuar bien; lo de ser sisona y mentirosa no debe catalogarse en términos cristianos. Ella no roba ni miente por su propio bienestar, sino para efectuar el espíritu prometeico. Por varios años ella guardó un porcentaje del dinero que doña Paca le daba para compras (p. 1894); se justifica este «robo» del dinero cuando lo usa para sostener a los Juárez en la pobreza. Así mismo, en esta forma de racionalizar la vida, se explica, en parte, el optimismo prometeico de Benina: «yo siempre creo que cuando menos lo pensemos nos vendrá el golpe de suerte...» (p. 1892). No obstante, en una persona hábil como Benina en las formas de controlar la vida, el «golpe de suerte» ha sido, hasta el capítulo XXXI, una serie de experiencias creadas por su propio esfuerzo personal. Benina lo intuye en parte, y en parte lo sabe: he aquí el toque de autosuficiencia dinámica inherente en la actividad prometeica.

El impulso generado en Benina por la vida noble se ve sacudido y apaciguado en el capítulo XXXI, cuando, en la cárcel, empieza a darse cuenta de las limitaciones de su espíritu prometeico. Por primera vez tiene que admitir que a pesar de su fecunda imaginación no sólo no puede salir de la cárcel cuando ella lo quiere, sino que, de más importancia, no podrá ya engañar a su ingenua doña Paca. Por otra parte, su preocupación por el bienestar de la señora la hace revalorar los métodos hasta entonces usados para mantener el equilibrio entre las necesidades psicológicas y económicas de su ambiente. Benina ya no medita sobre lo que hará, sino sobre lo que ha hecho, y decide sincerarse con doña Paca, cualesquiera que sean las consecuencias: «Sea lo que Dios quiera. Cuando vuelva a casa diré la verdad; y si la señora está viva para cuando yo llegue y no quiere creerme, que no me crea; y si se enfada, que se enfade; y si me despide, que me despida; y si me muero, que me muera» (p. 1962). En este instante, la conciencia prometeica hasta entonces dedicada a una actividad positiva pero desenfrenada —ejemplificada en vocablos de movimiento: «iba como una flecha» (p. 1890), (recorrer *como una exhalación* la distancia» (p. 1915), «con diligencia suma» (p. 1921)—, empieza a templar su vitalismo con el fervor espiritual de la conciencia jobiana. Es como si a su cuerpo le hubiera nacido un alma que lo apariguara aun ante el máximo hecho de la muerte, como se ve en la previa cita.

El aspecto jobiano de Benina se formaliza completamente en el capítulo XXXVIII. Con sus esperanzas e intenciones dispuestas a emprender de nuevo la lucha contra la miseria, Benina se encara con Juliana y doña Paca, quienes le niegan la justificación primaria de su actividad prometeica: la dependencia material y espiritual de la familia Juárez. En este capítulo, *Misericordia* coincide con el principio de *El libro de Job* cuando la complacida rectitud de Job es sacudida por el sufrimiento físico y espiritual (1). Job increpa a Dios y queda satisfecho al oírlo en torbellino pasajero (42, 5-6). Así Benina, al hundirse en el abismo de la ingratitud y contradicción humanas, increpa a la humanidad (p. 1983), definiendo el propósito de su humanismo religioso. Con paciencia y humildad jobianas, Benina apacigua el ímpetu prometeico, actualizando la fusión de la filosofía y la fe: «Las adversidades se estrellaban ya en el corazón de Benina como las vagas olas en el robusto cantil... Su conciencia le dio inefables consuelos: miró la vida desde la altura en que su desprecio de la humana vanidad la ponía; vio en ridícula pequeñez a los seres que la rodeaban, y su espíritu se hizo fuerte y grande» (p. 1986).

Si en los treinta primeros capítulos el eficaz espíritu prometeico encuentra pocos obstáculos que lo calmen, limiten y den propósito trascendental apropiado al credo galdosiano; y si en los capítulos XXXI, XXXVIII y XXXIX el espíritu jobiano es generado por la intensidad del sufrimiento que pone en duda la validez de la actividad prometeica, es en los dos últimos capítulos de la novela, XL y el «final», en que los espíritus prometeico y jobinano se unifican en armonía de actividad equilibrada y de reconocimiento público. Aquí es, por lo tanto, donde culmina el credo propuesto en *Gloria*.

El optimismo de Benina es resultado de la conciliación entre el vaivén de la acción prometeica y la constancia de la actitud jobiana. En *Prometeo,* el optimismo que induce al coro (que en el drama griego representa al pueblo) a compartir la soledad de Prometeo nace del fluir de la acción. El optimismo en este drama tiene su base en la certidumbre de que Prometeo será liberado (1. 908-20 y 1061-68). En *Job,* por otra parte, el optimismo es una actitud latente en la permanencia de la virtud e inocencia jobianas: a pesar de las muchas acusaciones de sus amigos y de su angustia personal, Job confía en la rectitud de su vida justificada por Yahvé al final (42, 8). En el caso de *Misericordia,* el optimismo inicial es el prometeico que se caracteriza por una actividad desenfrenada. Luego se sobrepone el optimismo jobiano, que se caracteriza por la resignación ante Dios, resultando el optimismo «benigniano».

La reivindicación así efectuada —además de mostrar que Prometeo,

Job y Benina son miembros de la minoría selecta de guías universales— prueba que Benina supo conciliar la filosofía y la fe con tanto acierto que fue aun canonizada por los que la rodeaban. Ponte la llama «ángel» repetidamente y muere defendiendole su honor (p. 1989); doña Paca pregona «los milagros» que Benina hacía con media peseta (p. 1989); Almudena la clasifica como «ángel» y la quiere como esposa y madre (pp. 1953-1955); y aun Juliana busca el consuelo de aquélla, a quien llama «santa» (p. 1992). Benina, por su parte, niega categóricamente el ser «santa», y con razón: con excepción de Almudena, que no es cristiano y que profesa una religión supersticiosa e inconsistente, los demás, al caracterizarla de acuerdo con la única experiencia religiosa con que están relacionados, el catolicismo, es natural que saquen de la Historia Sagrada el apelativo más apropiado de acuerdo a lo que Benina es para ellos —«santa»—. Aunque Galdós da motivo para que tal santidad se acepte al clasificar a Benina al principio de la novela como una Santa Rita (p. 1882), la negación de la misma Benina es más creíble, ya que ella se intuye, y se sabe, mezcla de sangre prometeica y aliento jobiano. Sólo una persona de esta esencia puede adaptarse a las historias y ritos supersticiosos y primitivos de un hebreo soñador y apasionado por la vida. Sólo una persona de esta naturaleza puede perseverar en el amor incondicional por la afanosa vida, tratando, en su preocupación por los humanos, de oscurecer y olvidar la realidad de la muerte —a pesar de que la muerte es lo que toda santa espera y pide con ansia—. Sólo en un ser de esta clase se puede personificar el humanismo galdosiano.

Aunque equivocado por la estrechez de la pespectiva de quienes la juzgan, el toque de divinidad dado a Benina establece lo positivo de sus esfuerzos y el feliz resultado del nexo prometeico-jobiano. Por otra parte, aunque al considerarla «santa» se le niegue a Benina las cualidades humanistas que no encajan en el catolicismo ortodoxo, no por eso hay que negarle un sentido religioso. Benina es católica y es cristiana, pero al aceptar otras perspectivas ajenas a estas religiones —como en su afinidad espiritual con Almudena— (13) se sustrae a la rigidez ortodoxa del cristianismo y acoge un humanismo religioso en el que el amor y la caridad universales son los únicos preceptos formativos.

La característica más importante del humanismo que Benina exhibe al final de *Misericordia* es la actitud religiosa en la que la filosofía y la fe se manifiestan. En su comunión íntima con el hebreo Almudena,

(13) En ser el catalizador que induce a Benina a trascender los preceptos de una ortodoxia limitante parece residir la gran importancia y necesidad temática del personaje Almudena.

Benina se eleva sobre la intransigencia del dogma religioso que en *Gloria* destruye a los dos jóvenes amantes. La fe de Benina se inspira tanto en el Antiguo Testamento como en los Evangelios. Esta adición es básica, ya que lo evangélico ha evolucionado a una religiosidad trabajada por la jerarquía eclesiástica, y en la que no hay cabida a posibilidades espirituales que no concuerden con los preceptos inherentes en la ley canónica y en el Nuevo Testamento. Por otra parte, el Antiguo Testamento aún ofrece alternativas religiosas primarias, inherentes en la «vaga» unificación primordial del universo, afines al krausismo que don Buenaventura revela en *Gloria* —«creo que los pueblos subsistirán mejor si volvieran a la sencillez primitiva»— y que Benina practica en *Misericordia.*

La inocencia espiritual de Benina juzga el «desarreglado mundo» a través de un sistema de castas sociales en el que los elementos humanitarios universales del Nuevo Testamento, que sólo Jesús practicó en su pureza, han degenerado, y en el que la actitud de la familia Juárez encaja. El esfuerzo evangélico de Jesús, consagrado a amar y servir al prójimo a través del conocimiento propio, se ve anublado y alterado por consideraciones pragmáticas de materialismo social. En tales consideraciones se refleja la profunda división no sólo en el nivel social —ejemplificada en *Misericordia* por la hidalguía pobre y el pueblo miserable—, sino también en el nivel religioso. En *Gloria,* la polarización entre el catolicismo y el judaísmo se resuelve en tragedia, y si en *Misericordia* no pasa de ser sólo un peligro es porque Benina, en su inocencia espiritual, no lo reconoce y no permite que crezca. Benina, actuando por sí sola contra esta polarización social y espiritual, se remonta a las fuentes mismas del vitalismo helenista y hebraico, fundiendo ambos espíritus; Benina rehúsa, por lo tanto, los preceptos ya logrados en el Nuevo Testamento y desfigurados por la interpretación arbitraria de los siglos. La semejanza de Benina a Jesucristo se debe, precisamente, a que el cristianismo es una fusión de lo helenista —sobre todo del neoplatonismo de Plotino reflejado en el Evangelio de San Juan, y en los escritos de Orígenes, y de San Agustín— y de lo hebreo. Sin embargo, Benina, tomando los mismos ingredientes espirituales, lleva a cabo su propia fusión de la filosofía y de la fe con resultados muy diferentes a los del Nuevo Testamento.

La espiritualidad de Benina nace y se nutre del amor por la vida como actividad constante, y del amor al prójimo como expresión personal; ambos sentimientos permanecen fuera de las restricciones ortodoxas impuestas por jerarquías eclesiásticas. Por eso, el clasificar a Benina estrictamente como *Christ figure* no es fundamentalmente apro-

piado (14), ya que aunque hay semejanzas interesantes entre Jesucristo y Benina, existe una diferencia tan básica que cualquier esfuerzo por establecer una semejanza formal entre ambos personajes queda nulificado: *Cristo dio su misericordia, muriendo, para garantizar la felicidad eterna al hombre cristiano a través de la muerte; Benina da su misericordia, viviendo, para garantizar la felicidad temporal a todos los humanos a pesar de la muerte.* La diferencia es suprema e importante, y contrapone el cristianismo, que excluye el porcentaje de humanos que no son cristianos, con el humanismo religioso, que hermana a toda la Humanidad con los lazos de la actividad prometeica y del fervor jobiano. Esta es la esencia de la recriminación que Benina hace a doña Paca al rechazar y negarle la caridad al hebreo Almudena (página 1982).

El humanismo galdosiano personificado en Benina se garantiza en la unión de dos elementos: el primitivismo ingenuo y el preceptualismo añejo. El primero se manifiesta en el ritualismo por el que, como en toda religión en infancia, se trata de ordenar la vida como expresión espontánea y mágica del instinto; ésta es precisamente la intención inconsciente de Benina al proponerse seguir fielmente el ritual que le hará ver a *Samdai,* ente sobrenatural «pagano» (pp. 1908-1914). El segundo se manifiesta en los preceptos por los que, como en toda religión ya estructurada, se rige la vida como elemento de un plan o concepto preestablecido por una divinidad. Benina, a pesar de sus invocaciones retóricas a Dios, favorece la espiritualidad de un humanismo poco conceptualizado y grandemente intuido: Benina no encuentra el remedio a sus necesidades en la oración de iglesia —se ve cómo la iglesia de San Sebastián es fuente de perras y no de consuelo moral—, sino en la actividad callejera —tal como Galdós recogió material para sus novelas—. En la actitud estoica y optimista de Benina, que ha vivido por sí misma estimulada por una moral de su propia hechura —y que aunque no siempre satisfecha sabe por lo que sufre— se actualiza el credo humanista de Galdós.

El comportamiento prometeico-jobiano de Benina se confirma y solidifica en el «final» de *Misericordia.* Su altruismo al aliviar la miseria humana convence finalmente a Juliana, la guía despótica, dedicada a degradar la dignidad humana. Viviendo como una exiliada en la más abyecta pobreza —mendigando para sostenerse a sí misma y a Almudena—, Benina estoicamente retiene sus convicciones prometeicas: «No sorprendió poco a Juliana el verla en buenas apariencias de sa-

---

(14) ROBERT A. RUSSELL: «The Christ Figure in *Misericordia*», *The Christ Figure in the Novels of Pérez Galdós* Edited by R. Cardona and A. N. Zahareas (New York, Las Americas Publishing Company, 1967), pp. 51-77.

lud, y además alegre, sereno el espíritu» (p. 1991). En contraste, Juliana, a pesar de su absoluta tiranía sobre la familia Juárez, repentina y misteriosamente, pierde su confianza y acude a Benina en busca de ayuda moral. Galdós se vale de esta metamorfosis en la mayor enemiga de la actividad prometeica de Benina para hacer hincapié en la validez de todo lo que Benina ha hecho por la Humanidad. El triunfo final se pone de manifiesto cuando Juliana se agrega a esa Humanidad y se somete a la bondad de Benina. Al proclamar la «santidad» de Benina, Juliana epitoma la aceptación total de la rectitud de Benina, tal como le sucede a Job, que, debido a su constancia y paciencia, recibe la gracia y aprobación de Yahvé. En adelante, el lector tiene la seguridad de que la actividad prometeica y la fe jobiana, ya fundidas armónicamente en una Benina misericordiosa, quedan reivindicadas universalmente.

DONALD W. BLEZNICK y MARIO E. RUIZ
Department of Romance Languages and Literature
University of Cincinnati
CINCINNATI, OHIO, 45221 (USA)